

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

PATRICIA VALLEJO

OBRAS:

Elisa y Ariel



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

MARS PALACIOS ALBERDI

@binniebased



Veintidós para siempre

Llevo tantos años recostada en esta chaise longue de diseño que la espera se ha convertido en mi estado natural, en mi esencia. Sé con exactitud la hora que es, aunque aquí dentro no haya ni un solo reloj que funcione. Me basta con mirar las sombras que se forman en las baldosas del suelo gracias a la claridad que entra a través de los ventanales del balcón. En torno al alba, cuando los morados empiezan a convertirse en anaranjados, es la hora de recoger y dejar la casa tal y como nos la hemos encontrado la noche anterior. Cuando entra tantísima luz por las vidrieras de la fachada sur nosotros somos invisibles. Las muñecas de porcelana vuelven a sus pedestales y las bailarinas de críselefantina a sus contorsiones imposibles por el resto del día. Desde sus posiciones reservadas observan inmóviles a decenas de desconocidos que deambulan por todas las estancias cotilleando lo que tenemos o dejamos de tener. Yo paso las horas muertas en la chaise longue, a veces incluso consigo dormir hasta que vuelve a caer la noche. Aquí sentada nadie me molesta porque todos los muebles están protegidos de extraños por el cordón granate que los rodea. Otras veces me aburro como una ostra porque no entiendo el idioma en el que hablan esos desconocidos y no puedo enterarme de los últimos cotilleos. Hoy creo que será uno de esos días. Todos son bajitos, con impermeables y gorros de pescadores. Silenciosos, muchos con gafas y con los ojos achinados, y yo no entiendo nada de lo que dicen. Cuando esto ocurre me acerco sigilosa hasta las hermosas vidrieras de la Casa Lis. Miro a la calle y me entretengo viendo a los transeúntes calle arriba y calle abajo. La ciudad ha cambiado tanto que, si no fuera gracias a estos cristales de colores, nunca me hubiese imaginado que tal cambio fuera real si alguien me lo hubiera contado. Creería que me contaban patrañas sacadas de una película de ciencia ficción. La gente viste diferente y hay cientos de edificios nuevos, pero en lo que más he notado el cambio y el paso del tiempo es en los automóviles. Son más grandes y ruidosos, de colores chillones y brillantes. De jovencita mi mayor deseo era montar en el distinguido Ford T de los señoritos, pero ese coche nada tiene que ver con los de ahora. Quizá lo que más me gustaba de ese coche era Román, el chófer y mi novio de aquellos días. Mi primer novio y, en realidad, mi único amor. De no ser por el horror de la guerra, quizá hubiéramos pasado toda la vida juntos. Salamanca, igual que el resto del país, se dividió en izquierdas y derechas; pero en estas tierras los zurdos siempre fuimos minoría. Él murió en la Plaza Mayor, en su lugar favorito de la ciudad. Yo estaba tan desesperada que hice todo lo que estubo en mi mano para morir de un tiro sublevado días después. Lo único que me interesaba era reunirme con él, pero, en vez de en el cielo y a su lado, desperté en la Casa Lis. En mi cama de criada, con las sábanas limpias. Desde entonces estoy aquí atrapada viendo cómo cambia el mundo a través de las vidrieras.

—Disculpe, señorita.

Acabo de tropezarme con un joven que también se ha acercado a los ventanales de la fachada sur. Me lo quedo mirando estupefacta, lo sé al ver su cara de preocupación y las posteriores excusas que pone diciendo que iba distraído. Hace más de ocho décadas que nadie me roza, que nadie repara en mí. Así que el contacto cálido de ese extraño me ha electrificado por dentro y no he podido ocultar el escalofrío de congoja que me ha provocado. Por eso vuelvo a la chaise longue, para intentar que dejen de temblarme las piernas. Desde aquí observo todos sus movimientos: sigue de espaldas mirando la ciudad a través de las vidrieras. Es alto, con el pelo negro, largo y despeinado. La ropa es moderna pero elegante. Entre las manos sostiene uno de esos folletos del museo, que en eso es en lo que se ha convertido la Casa Lis. Sigo sin entender cómo ha podido verme, tocarme o hablarme. Como decía antes, aquí todos somos invisibles; así que la única explicación es que sea uno de nosotros. Pero de espaldas no logro reconocerlo. Desde 1936 estoy aquí atrapada, así que si ha tenido alguna relación con la casa debo conocerlo, pero ¿quién es? Intento disimular mirando hacia otro lado cuando se da la vuelta y noto que viene directo en mi dirección.

—Aquí no puede sentarse —me dice de forma cordial—, ¿no ha visto los carteles que marcan la prohibición de traspasar el cordón?

—¡Oh, querido! ¡Tan mayor me ves como para tratarme de usted?

—Es una costumbre. Siempre hablo de usted a quién no conozco —dice él mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí? —pregunto tratándolo de tú.

Me levanto de la chaise longue y me pongo a su lado, de brazos cruzados. Pero por más que lo escruto no logro reconocerlo. Sus facciones, en cierto modo, pueden parecerme familiares, pero hay rasgos que me resultan ajenos: como esa barba frondosa pero arreglada o esas gafas grandes de plástico negro y cristales cuadrados.

—Estoy de visita relámpago en la ciudad; siempre me ha gustado visitar museos. Y este es increíble —apostilla aún sonriendo—. Es una pena que no dejen hacer fotografías.

—Y dime, ¿te conozco de algo? —lo digo aún de brazos cruzados, rodeándolo con mis pasos para mirarle de arriba abajo sin distraerme todavía el misterio que ese desconocido está causando en mí—. Me resultas muy familiar.

—No lo creo, señorita —dice él en una risa nerviosa a la vez que se quita las gafas para limpiarlas con una gamuza.

Gracias a ese gesto insignificante puedo contemplar con claridad su mirada. Quizá ahí es donde resida la solución al acertijo: esos ojos verdes que casi rozan el gris son difíciles de olvidar.

—¿Román? —pregunto emocionada y perpleja al encontrarle frente a frente tras décadas de espera—. ¡Román, has vuelto!

—Disculpe, señorita. Creo que se está con-

fundiendo —dice él contrariado, incluso dando un paso hacia atrás—. Me llamo Ricardo.

—Oh, Román, querido. ¡Deja de tratarme de usted!

—Insisto, señorita, creo que se está confundiendo. Mi nombre es Ricardo.

—Oh, querido, te reconocería siempre. —La que mantiene ahora la sonrisa de oreja a oreja soy yo—. Da igual cómo te llames o cómo te vistas. Aunque te veas diferente sigues igual de educado. Dime, ¿te has reencarnado?

Él suelta una risa nerviosa de incredulidad y mira su reloj de pulsera antes de hablar, llevándose la mano a la barbilla para ocultar la cara de asombro.

—Sería un placer seguir hablando con usted, pero se me ha hecho tarde y el museo está a punto de cerrar.

—Román, querido. ¡Déjate de excusas! Antes, cuando mirabas por los ventanales, ¿no has visto que todo el mundo estaba saliendo del museo? Hace un rato que han cerrado.

—¿Cómo dice?

Él se pone blanco cuando mira hacia los lados y comprueba que no queda nadie más. A la vez, las muñecas de porcelana salen de sus vitrinas y las bailarinas se estiran y descansan aliviadas. Por los pasillos empiezan a asomar también los soldaditos de hojalata que se dirigen a las casitas de muñecas; y las muñecas de porcelana pasean en sus carritos a los bebés de caras articulables. Román, o Ricardo, tiene la tez tan blanca que estoy segura de que está haciendo verdaderos esfuerzos para no desmayarse. A mí me pasó igual la primera vez. Al principio siempre es complicado asimilar esto.

—Román, ven conmigo. —Le cojo de la mano delicadamente para intentar tranquilizarlo—. Acércate conmigo de nuevo a las vidrieras. ¿No ves que se ha hecho de noche? El museo ya está cerrado. Mira las luces anaranjadas de las farolas. La gente duerme y nosotros vagamos por aquí. Créeme, ya lo irás entendiendo. ¡Y olvídate de ese reloj! —apostillo—. ¡Oh, querido!, quizá no te has dado cuenta de la hora que es porque aquí no hay relojes. Y si ves alguno en la exposición no esperes que funcione. Aquí dentro el tiempo pierde sentido. Confía en mí, te enseñaré de nuevo la Casa Lis de cabo a rabo. ¡Han hecho un museo! ¿Te lo puedes creer?

Él se zafa de mí como buenamente puede. Va corriendo hacia la puerta de salida; tiene que comprobar por sí mismo que digo la verdad. En eso no ha cambiado. Saca de su bolsillo uno de esos chismes planos y negros que se enciende cuando lo rozan los dedos; lo veo maldecir entre dientes al ver que por más que lo toca no se enciende.

—Ese chisme no sirve aquí dentro, igual que el reloj. Míralo de nuevo y verás que siempre marca la misma hora. Las manecillas no se mueven.

—A alguien tendremos que llamar para salir de aquí, señorita.

—¡Déjate de «señorita»! ¡Soy Carmen! Tu Carmencita. ¿Aún no me reconoces?

—No sé con quién me está confundiendo,

De jovencita mi mayor deseo era montar en el distinguido Ford T de los señoritos, pero ese coche nada tiene que ver con los de ahora

pero le puedo asegurar que no soy yo. No entiendo lo que está pasando, no sé cómo han podido dejarnos aquí dentro sin darse cuenta.

—¿Es que aún no lo entiendes, Román?

—Ricardo —me corta él.

—Pues Ricardo, me es indiferente —respondiendo yo altanera—. Ya he perdido la cuenta de todo el tiempo que he pasado esperándote.

—Y no, señorita. No entiendo lo que está pasando.

Sin decir nada le cojo de nuevo del brazo y le llevo hasta donde están expuestas varias fotografías antiguas de la casa, de nosotros. Le señalo una en la que aparece él sonriendo junto al Ford T de los señoritos.

—¿Ves? Ese eres tú, ¿no te acuerdas?, pero no llevabas esa barba. ¿Te acuerdas de que entonces te afeitabas con navaja? Siempre lleva-

bas una gamuza escondida en el bolsillo interior de la chaqueta para limpiar veloz la grasillos de las manos de los señoritos cuando tocaban el coche.

Él se queda mirando las fotografías; no dice nada, pero sé que se ha reconocido.

—¿Sabes por qué no se pueden hacer fotografías aquí dentro? —continúa—. Porque saldríamos todos nosotros. Se verían sombras, las fotos saldrían veladas...

—¿Cómo que nosotros?

—Echa un vistazo a tu alrededor. Todo cobra vida de noche, cuando no queda nadie vivo en el museo. Ven, te haré una visita guiada por la casa, querido, a ver si así recuerdas.

Juntos, del brazo, recorremos los pasillos. Nos vamos cruzando con las bailarinas autómatas que se van desnudando a nuestro

paso, con los soldaditos de hojalata que ensayan maniobras de defensa. Le enseño las joyas, los abanicos, mi polvera y perfumes que están tras el cristal de una vitrina.

—¿Ves a esas muñecas de porcelana? Por las noches salen de las vitrinas y se ponen a hablar de recetas de galletas y de las últimas tendencias de moda. Fíjate mañana y comprobarás que van cambiando de sitio para no aburrirse. Tampoco las encontrarás con los mismos accesorios.

A mí no me gustan esas muñecas, no suelo pasarme por su sala porque me dan miedo, sobre todo esas que tienen varias caras.

—¿Ves a aquella del rincón? Tiene artritis. Usa el carrito de bebé a modo de andador. Aquella de allí no recuerda ni cómo se llama.

Algunas parecen cansadas y otras enfadadas. ¿Quién no lo estaría al estar atrapada toda la eternidad en un cuerpo de niña? Román, o Ricardo, se ausenta de mi lado por un momento para sentarse en la chaise longue. Como decía, la primera vez es complicado asimilar, entender. Yo me siento a su lado también.

—Estos eran los muebles de los señoritos, pero querido, todo esto era mío cuando nadie miraba. Bueno, era nuestro. ¿Aún no recuerdas?

—¿Qué es lo que está pasando?

—Que has vuelto, Román. Eso es lo que está pasando. ¿Recuerdas cuando estalló la guerra? Llevo aquí atrapada desde entonces, esperándote.

—De verdad, señorita, me llamo Ricardo.

—Entonces te llamabas Román. Tú correrías más suerte que yo y volverías a nacer en otro momento y en otro lugar. Quizá mi alma era vieja y ya había llegado a su última etapa, por eso me quedé aquí dentro.

—¿Qué le pasó al tal Román?

—Te mataron en el Tiro de la Plaza, mejor que no recuerdes eso, querido. Tenías veinticinco años y hacía un mes que nos habíamos prometido. ¿Ves? Aún llevo el anillo.

—¿Y usted?

—Yo tenía veintidós años. ¿En qué año estamos ya?

—2022.

—¿Tanto tiempo ha pasado?! Dios sabrá cuántas cosas me he perdido; tienes que ponerme al día de todo lo que haya pasado en el mundo.

No sé por qué ha tardado tantos años en volver a casa. A Salamanca. Supongo que la vida está llena de imprevistos que siempre hacen posponer los planes importantes para mañana. Y así mañana se convierte en mañana; luego en mañana, y después otra vez en mañana. Desde luego, las tareas diarias no se pueden posponer y hacen que, al fin y al cabo, el mañana deseado nunca llegue. Los caprichos del destino llegan cuando a uno ya se le ha olvidado su propósito en la vida; o en la muerte.

—¿Ves como aquí dentro el tiempo es relativo? Llevo ochenta y seis años esperándote, Román. ¡Te he echado tanto de menos! Pero al fin has vuelto y en la eternidad nada nos volverá a separar.

Tengo la enorme convicción de que no pasé al otro lado porque alguien me recordaba con tanta intensidad en este lado terrenal como para quedarme aquí. Así que la espera ha merecido la pena porque, después de millones de días, he vuelto a encontrarme con el amor de mi vida. Estoy segura de ello.

—Mira, Román, ya amanece de nuevo. Ahora nos toca descansar mientras otros visitan el museo.





COLABORA:



f La Sombra del ciprés

t @AscSombraCipres

i @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

ÓSCAR DE BLAS
RODRÍGUEZ

Un año más, feliz Navidad

1 Mi nombre es Hernán, nací entre
2 el fin del invierno y lo que debe-
3 ría de ser el visible inicio de la
4 primavera. Mi madre nunca ol-
5 vidará aquel acontecimiento, no por el he-
6 cho de que yo naciera, sino porque, por
7 aquel entonces, siempre la oí decir que, en
8 diferentes lugares del planeta, diversos fenó-
9 menos extraños iban sucediéndose cada vez
0 con mayor frecuencia. El clima había sor-
1 prendido de diversas maneras según fuera el
2 lugar; ahí donde debía hacer calor, cayeron
3 fuertes lluvias e incluso algunas nevadas
4 inesperadas; por el contrario, en las zonas
5 donde aún seguían viviendo en un invierno
6 profundo, llegaron a tener temperaturas más
7 cálidas de lo habitual. Mientras todo esto
8 ocurría, yo nacía en la ciudad de Ávila el día
9 seis de marzo. Pese a dichas circunstancias
0 climatológicas, que ya mencioné, lo real-
1 mente importante y curioso de esta historia
2 fue el porqué de mi nacimiento.

Generalmente un bebé al nacer –si ya es-
tá en tiempo para hacerlo– tiene determi-
nado peso y tamaño; en mi caso así fue, pe-
ro con una notable diferencia, desde el pri-
mer día mi apariencia comenzó a ser
tremendamente anormal: me veía mucho
más pequeño, como si en realidad me falta-
ran un par de meses o que mi cuerpecito no
se hubiera formado de una manera adecua-
da. Mi madre siempre dijo que el médico
que me atendió nunca pudo dar una expli-
cación que le convenciera, que las respues-
tas que recibía eran incluso tan contradicto-
rias e ilógicas, que prefería eludir cualquier
pregunta relacionada con el caso, por temor
a acrecentar su pena.

Con el paso de los días, durante mis pri-
meras revisiones pediátricas, todo entraba
dentro de lo normal. ¿Todo? Al parecer to-
do lo concerniente a mi nacimiento fue en-
mascarado por los médicos para que esa si-
tuación se viera como natural y no un epi-
sodio traumático y anómalo. He de asumirlo,
los genes me jugaron una mala pasada, era
un niño muy distinto al resto de los nacidos
en ese mismo hospital, pero para los ojos sa-
bios de una madre... Los facultativos inten-
taron a toda costa hacer ver que aquellas su-
posiciones eran debidas a un desgaste emo-
cional propiciado por una gestación larga y
complicada, que con el tiempo todo aquello
desaparecería y lo que mi madre veía como
una irregularidad, sería simplemente el re-
sultado de una sugestión post parto; «el
mundo está cambiando», se dijo a sí misma.
Nunca dejó de creer que su hijo formaba par-
te de ese cambio.

A medida que fui creciendo debo admitir
que, a pesar de las carencias, en mi infancia
fui feliz. Mis padres y yo vivíamos con mis
abuelos en una pequeña casa dentro de las
murallas, muy cerca del Atrio de San Isidro.

1 Mi abuelo era un afamado panadero, aman-
2 te y protector de su familia; siempre nos pro-
3 curó amor y bienestar y que nunca faltara
4 un buen trozo de pan en la mesa. Tenía un
5 humor y una apariencia que para nadie pa-
6 saba desapercibida. Entre broma y broma
7 las señoras, que desde bien temprano iban
8 a por el pan recién horneado, salían del es-
9 tablecimiento sonriendo. De hecho, todos
0 aquellos clientes que entraban a comprar
1 con cierta tristeza en sus caras, al salir refle-
2 jaban completamente lo contrario, como si
3 en vez de pan les vendiera sonrisas. Real-
4 mente mi abuelo tenía ese don para hacer
5 sentir bien a la gente. Algunos creían que
6 detrás de aquel hombre, de regordeta silue-
7 ta y larga barba blanca, había un viejo loco.
8 Pero de loco no tenía nada, su rostro trans-
9 mitía tanta paz..., desprendía una alegría
0 tan grande que iba en aumento a medida
1 que se acercaban las fechas navideñas. Sí,
2 mi abuelo solía vestir de una manera que a
3 todos nos hacía recordar al mismísimo Papá
4 Noel y no era porque vistiera con ese traje
5 rojo que han gastado tanto de manera co-
6 mercial. Llegué a creer que si Papá Noel en
7 verdad existiera, sería mi abuelo.

1 Nunca pude dejar de pensar en las tardes
2 de frío invierno que pasé al abrazo del calor
3 de la cocina, donde ante mis ojos iban y ve-
4 nían, como si un desfile se tratase, aquellos
5 bizcochos, los más ricos de la ciudad, con sus
6 glaseados como restos de nieve por encima,
7 blancos, deliciosos. Mis amigos más cerca-
8 nos siempre encontraban la excusa perfecta
9 para ir a buscarme y deleitarse con uno de
0 estos dulces; porque, si algo tenía mi abuelo
1 distinto a la gran mayoría, es que era un ser
2 muy generoso e inteligente. ¡Qué mejor gan-
3 cho que unos niños golosos para persuadir a
4 sus padres y que estos terminaran compran-
5 do aquellas delicias! Puro marketing.

Y, cuando la escuela me lo permitía, fui
adentrándome y conociendo el noble arte de
panadero. Poco a poco aprendí las complejas
recetas para preparar todo tipo de pastas,
tortas, bizcochos, hasta las más ricas galletas
navideñas conocidas en toda la ciudad. Pasé
mi infancia y gran parte de mi adolescencia
empapándome de toda aquella atmósfera
que hoy inunda mi memoria, de esa calidez
que desprendían los hornos, de la textura
suave de la harina al mezclarse de manera
manual con la levadura, de la incomparable
y dulce compañía de mi abuelo.

Con el paso de los años, aquel anciano de
aspecto incombustible fue perdiendo la fuer-
za, aunque no su mismo carácter. Pese que
mi padre le ayudaba en la panadería, él siem-
pre se quejaba de que no le veía la actitud ni
el talante para ser un auténtico panadero co-
mo él; tal vez porque ellos nunca se sintieron
a gusto trabajando juntos y sus ideas e inte-
reses chocaban continuamente, quizá por-

que mi padre se pronunció en demasiadas
ocasiones en que el negocio debería ser más
comercial y menos tradicional. Mi padre no
entendió jamás lo que hacía auténtico y ori-
ginal a ese despacho de pan, lo que justa-
mente mi abuelo había defendido durante
tantos años: la tradición.

Por encima de toda la popularidad que
pudiera tener mi familia en la ciudad, en la
escuela comencé a sentirme incómodo. Ha-
bía alcanzado la edad de trece años y mi con-
dición era más que evidente. Recuerdo cómo
mis amigos iban creciendo y yo me quedaba
estancado en una estatura perenne que me
hacía sentir, lo quisiera o no, diferente. La de-
sigualdad fue tan notoria que la maestra y
mis padres también comenzaron a preocu-
parse. Como si un hechizo se hubiera apode-
rado de mí, me seguía viendo como un niño
pequeño pese a mi edad, tenía la sensación
de que me estaba convirtiendo, lentamente,
en una persona cada vez más llamativa, ex-
traña. Mi rostro era como si no perteneciera
a aquel cuerpo de extremidades cortas, con
ropa de niño... tan pequeña. Apenas lograba
alcanzar el metro y veinte centímetros de al-
to, un problema irónicamente grande.

Cuando llegó el momento de elegir sobre
mi futuro universitario, no lo hice, me daba
pavor el solo pensar en enfrentarme a un
mundo tan diferente al mío. Ya me había to-
pado con problemas en mi día a día por mi
pequeñez y salir solo a un mundo donde se-
guramente no habría nada adaptado a mi
condición me ocasionaba un auténtico ter-
ror. Así que, rechacé la idea de seguir estu-
diando, sé que tal vez fue la peor y más estú-
pida de mis decisiones, pero aún hoy puedo
decir que fue la más meditada y aquella de la
que jamás me arrepentiré. Decidí volcar mi
vida por completo en ayudar a mi abuelo en
la panadería. Este lamentó que no quisiera
seguir estudiando.

El tiempo, que arrasa con todo, también
consumió las energías de mi viejo abuelo, mi
maestro. En cuanto mi determinación fue
efectiva, comenzaron las obras para ir ajus-
tando los enseres y el negocio a mi tamaño.
Ejercí durante treinta años en aquella profe-
sión. A día de hoy, a mis más de cuarenta
años, no puedo dejar de pensar en todos los
momentos incómodos que pasé, sobre todo
cada una de las miradas que siempre se fue-
ron repitiendo allá por donde yo pasaba. Esas
miradas de lástima sé, y ahora comprendo,
que eran inevitables, porque generalmente
lo son de manera inconsciente y, aunque mi
«diferencia» fuera de lo más rara, la verdad es
que no había nada de extraño en todo aque-
llo. Lo realmente extraordinario es la verda-
dera causa de mi estatura y el gran secreto
que detrás de mi existencia se escondía. Algo
que nadie podría imaginar; porque nada en
mi vida fue por casualidad, ni el día en que



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
DE BIENES CULTURALES
DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

MARS PALACIOS
ALBERDI

i @binniebased





El tiempo, que arrasa con todo, también consumió las energías de mi viejo abuelo, mi maestro

nací, ni haber sido el nieto del mejor panadero de la ciudad y mucho menos el nacer en Ávila, la capital de provincia más alta del país. ¡Qué paradoja!

Un día me surgió de pronto la curiosidad de investigar si realmente en los días que nací había ocurrido todo eso que mi madre me contó. Ya no quise molestarla, pues sabía que por mucho que preguntara, su respuesta sería siempre la misma, así que una mañana comencé a buscar información por mi propia cuenta. Pronto encontré varias noticias que me llevaron a confirmar lo que ya sabía: «Altas temperaturas en medio de un invierno, hacen que se guarden por unos días las ropas de abrigo...», «Poblaciones ven por primera vez, después de 50 años, torrenciales lluvias...». Y así muchas otras alrededor del mundo.

Hubo una, y no sé por qué motivo, que llamó mi atención: «El deshielo de los polos es inminente, afirman científicos sin una lógica explicación». Me quedé pasmado, como si esa noticia me impactara de tal manera como saber que alguien cercano había muerto. Una gran tristeza me invadió de una forma devastadora por dentro. Mi abuelo, que fue testigo de mi gran aflicción, supo que el momento había llegado.

Lo recuerdo perfectamente, fue el domingo antes de Navidad. Los domingos solíamos cerrar al mediodía y él se presentó ante mí, pidiéndome que le acompañara a las afueras

de la ciudad, concretamente a los Cuatro Postes. Sin lugar a duda, es el lugar más mágico de la ciudad. Desde ahí esta ¡luz tan hermosa!, da igual que sea de día o de noche; yo nunca me había parado a observarla como aquel día. Admirando, anonadado, aquel majestuoso paisaje, noté en mi abuelo cómo su semblante cambiaba, pronto me sorprendió preguntándome:

- ¿Sabes que los polos desde hace años se están deshelando, en especial el Polo Norte? De hecho, casi desde el día en que tú naciste... bueno, pues parecería una casualidad o así lo puedes creer, pero nada es casual—continué diciendo. No entendí la razón de que me preguntara esas cosas y seguí escuchándolo, tratando de aclarar mi mente antes de darle alguna respuesta.

- ¡Sabías que Ávila es la capital más alta de las provincias de España y que por esa razón nuestra ciudad se viste tan blanca y bella en invierno?—Eso sí que lo sabía y, como mi abuelo, también pienso que Ávila es verdaderamente bella en invierno a pesar de lo fría que es.

Continué sin darme oportunidad a contestar

- Tú también crees que me parezco a Papá Noel, ¿verdad?—continué mientras lo miraba con curiosidad—. ¿En verdad crees que tu estatura es una maldición? Pues bien, creo que ha llegado el momento para que sepas toda la verdad:

«Desde que naciste tu madre te ha ocultado muchas cosas, por favor nunca la culpes; lo hizo con el fin de proteger un legado, un secreto que desde hace siglos ha ido mostrando a la humanidad la verdadera esencia de la Navidad, la de compartir, la de perdonar y unir, la de amarnos sin importar nuestras diferencias; porque las diferencias nos hacen especiales y todos lo somos, tenemos mucho todavía que aprender, que dar, y tú eres un ejemplo de eso. Cuando pasen los años y las generaciones venideras, o los gobiernos, quieran terminar con ella, siempre podrás decir que tú fuiste parte de esa Navidad que todos hemos vivido, que hasta ahora seguimos viviendo y que no sabemos hasta cuándo permanecerá. No muy lejos de aquí, en las montañas, existe una aldea donde encontrarás todas las respuestas que te rondan la cabeza. ¡Agarra tus cosas, quiero mostrarte el lugar!».

No puedo describir lo que aquella tarde viví, fue algo realmente impactante. Al principio no entendía nada, todo me pareció una broma, pero al final del día lo entendí o, mejor dicho, supe la verdad del porqué de mi existencia y de lo peculiar en mi vida. ¿Que si lo conocí? Bueno, pues lo único que puedo decir es que cada año, a principios de diciembre, y desde entonces, debo trasladarme a la aldea, porque el Polo Norte ya no es seguro y la Navidad cada año debe continuar.

Un año más, Feliz Navidad.